

LA LLEGADA IMPREVISTA

Las calles empedradas, pocos árboles, el polvo disuelto en la atmósfera pesada invadían ese sector de la ciudad donde ella habitaba. Elisa Barrios no terminaba de acostumbrarse, no sólo al lugar tan lejano a su tierra, a su Montevideo añorado, sino también a esta existencia tan gris que llevaba día tras día.

Setenta y cinco años no eran pocos, cincuenta en Bolivia, más precisamente en La Paz, aquí, en donde ni el tiempo transcurrido lo había sacado de la categoría de su no lugar. Los años habían pasado tan de prisa que le costaba recordar sus ideales de juventud. La vida y la inercia, lo habían disipado todo. Tres hijos, un marido presente sólo en contados momentos y la soledad llenando cada vacío.

Esa mañana ventosa de enero parecía ser igual a otras, cuidar de la casa, coser prendas por necesidad, preparar la comida para ella y sus hijos, grandes -pensaba Elisa- y sin embargo sin tomar jamás vuelo, sin ideales, sin objetivos claros. Tan distintos a ella en su juventud, a su militancia, a esas ganas de cambiar el mundo, de luchar por causas nobles que ayudaran al pueblo. Por qué eran tan diferentes a ella era una pregunta recurrente.

Los pensamientos iban y venían junto con su aguja sobre ese trozo de tela que no le pertenecía, como una forma de olvidar lo que era imposible. Ensimismada en la tarea, el golpe de la puerta la tomó por sorpresa.

Tardó en abrir y los golpes se hicieron cada vez más fuertes, por fin atendió y no pudo creer lo que veía. Un joven al que ella reconoció de inmediato, con voz amable y una sonrisa muy amplia, la saludó.

Sus ojos eran bonitos y grandes, y una boina enmarcaba su rostro y su pelo largo.

Pasaba por aquí -dijo él-, y quise conversar con alguien de esta casa. Al principio, Elisa no sabía cómo actuar, pero lo dejó pasar y sin demora surgió una charla tan intensa que las sensaciones en su cuerpo se le hicieron inmanejables.

Él le contó de su paso por Bolivia, de sus ideales, de su país, de la bella Habana, de sus charlas inagotables con Fidel, de su perspectiva de la vida; y Elisa lo hizo sobre sus sueños, su tediosa vida y la nostalgia que se asomaba en cada uno de sus interminables días.

Esa presencia inesperada le agitó sus fibras, sus neuronas y su energía. Se despidieron, se abrazaron, ella lloró y él la consoló, él volvió a su mundo y ella también. Pero ese imprevisto y mágico encuentro lo había cambiado inexorablemente todo.